

# REPERTORIO BIBLIOGRAFICO

## El intelectualismo de Pérez de Ayala

Por AZORÍN

Quién es, lector amigo, este extraño señor que está a nuestro lado? Que está a nuestro lado en un tranvía, en un teatro, en una tiendecilla de libros. Es alto y delgado; parece todo nervios. Y hay en su cara—esto es lo singular—algo del Voltaire, de Houdon y del Lope de Vega de Perret. Esta faz, estos ojos, esta boca, estos gestos expresivos son todo comprensión. Una sonrisa irónica, de plena inteligencia, revuela de cuando en cuando por su fisonomía. ¿Es este hombre un matemático, uno de esos matemáticos en posesión de un lenguaje hermético, inescrutable, sólo comprendido por un centenar de personas en Europa? ¿Es un jugador, un jugador prodigiosamente inteligente, como Benjamín Constant y como el dramaturgo Regnard? Si es un jugador como Constant, como Regnard, como Dostoievski, se acostará a la madrugada, después de una noche de esfuerzos y de cálculos, de combinaciones y de próspera o adversa fortuna; en su frente habrá en todo momento dos o tres arrugas profundas de atención, de reflexión; tendrá unos múltiples cartoncitos donde vaya apuntando largas hileras de números; realizará hondos y perseverantes estudios para captar la Fortuna—tan pérfida y liviana—; celebrará tal vez largas conferencias con un «profesor rumano de juegos de azar», como el que había en San Sebastián, y de esas conferencias saldrá el plan definitivo, completo, para la próxima sesión. Y su criado, el pobre, soñoliento, fatigadísimo, le esperará toda la noche, hasta el alba, y exclamará, como el cubiculario de *El jugador*, de Regnard:

*Que servir un joueur est un maudit métier!*

Pues, lector amigo, el señor que tenemos junto a nosotros no es ni un jugador, ni un matemático. Si estos hombres viven constantemente ejercitando su inteligencia, esclavos de su inteligencia, Ramón Pérez de Ayala—que es nuestro compañero en el teatro, en el tranvía, en la tienda de libros—vive también de la inteligencia y para la inteligencia; pero el resultado de sus cogitaciones no es el artificio hermético sólo comprendido por cien per-

sonas en Europa, ni la combinación cabalística del tahir, sino bellos libros, elegantes libros, los libros escritos, actualmente, en el más ático y fluido castellano. Pérez de Ayala ha publicado recientemente dos volúmenes:



DON RAMON PÉREZ DE AYALA

Retrato de MIGUEL VILADRICH.

uno de prosa, novela; otro, de versos. El de prosa se titula *Belarmino y Apolonio*; y el poético, *El sendero andante*. Pocos días hace que *Belarmino y Apolonio* se ha puesto en los escaparates de las librerías; rápidamente la edición ha sido agotada. El editor se dispone a lanzar otra al mercado. Ha sido prestamente agotada la novela, y nadie ha dicho nada de ella; no han hablado los críticos—¿dónde están los críticos?—ni se han hecho en su torno reclamos ni anuncios llamativos.

*Belarmino y Apolonio* es una novela que representa todo un estado literario. Su lectura ha de sugerir reflexiones relativas a un interesantísimo problema de estética y de psicología literaria. Ramón Pérez de Ayala es uno de los más genuinos representantes en España del intelectualismo; si qui-

siéramos oponerle—fuera de España—un ejemplar de cualidades diversas, tendríamos que citar a Barrés, todo intuición, todo vaga sentimentalidad, todo hegelianismo a la moderna. En Pérez de Ayala, la inteligencia—es decir, el examen, la asociación, la disociación—es lo que domina. Ante el espectáculo del mundo, Ayala, fríamente, serenamente, examina los matices, los cambiantes; relaciona unas cosas con otras; se da cuenta agudamente de las diferencias y las oposiciones. Su mirada va al fondo de la realidad; tal vez, cuando va a tener un ímpetu romántico, ingenuo, una sonrisa de ironía, de sarcasmo—como en Voltaire—asoma a sus labios.

Y esta visión analítica de las cosas le proporciona una exacta medida del conjunto y de las proporciones. La exacta medida de las cosas en literatura—y en todo—se llama elegancia, aticismo. Abrid cualquier libro de Pérez de Ayala; repasad este prodigioso, maravilloso, *Belarmino y Apolonio*. Veréis inmediatamente la fluidez en la expresión, la abundancia del léxico, lo selecto y peregrino del vocabulario, el giro armonioso, eurítmico de las cosas y de las ideas. Nada escapa a la visión penetrante del autor; cuando creéis que tal o cual contraste va a pasar inadvertido, ahí está el gran humorista que de un plumazo, delicada y elegantemente, sonriendo—sonriendo con fina ironía—, ha descubierto la grotesca oposición oculta.

La posición del intelectualismo en el mundo, frente a la vida, es una posición de desinterés. No se comprende cómo el intelectualismo—que es examen antiutilitario—pueda tomar partido por un gran tema pragmático. La ciencia no nos da conclusiones. La ciencia se limita a hacer constar hechos. ¿De qué manera el intelectualismo podrá aventurarse en una afirmación (política, humanitaria) ajena a la ciencia? El gran escollo de la posición intelectualista es ese; la actitud del intelectualista es simplemente la de un espectador. Y ¿se puede ser espectador en la batalla de la vida, espectador, frío e impassible, en estos tiempos de angustias sociales, de anhelos por parte de los oprimidos de reivindicaciones justísimas, de nacimiento de un nuevo derecho y de una nueva moral?

No; y aquí entra una contradicción, felicísima, que la misma inteligencia resuelve y armoniza. Voltaire, intelectualista, espectador, se traiciona a sí mismo. Como artista, deja que el corazón avance sobre la inteligencia; y así, en algunos de sus poemas llega a la verdadera emoción (como en el delicioso *El tu y el usted*). Como ciudadano, ahí está, en la memoria de todos, su tenaz y nobilísima defensa de Calas, el asunto Dreyfus del siglo